

Miguel Fisac (1913-2006). Un propósito experimental

Miguel Fisac (1913-2006). An experimental aim

F. Arqués^(*)

RESUMEN

La personalidad de Miguel Fisac aglutina mejor que la de ningún otro de su generación, en los años de posguerra, la figura del arquitecto moderno por antonomasia. Su trabajo recorre toda la segunda mitad del siglo XX. Con más de 60 años de profesión y más de 450 proyectos, Fisac ha sido uno de los arquitectos más longevos y más prolíficos de nuestro país pero, aun así, siempre menciona sus dos grandes batallas perdidas: el urbanismo y la vivienda social. Ambas han quedado simplemente en un intento: la primera, desde sus teorías formuladas en su libro *La molécula urbana*, y la segunda, desde sus patentes de sistemas prefabricados de hormigón pretensado que no ha conseguido llevar a cabo.

109-29

Palabras clave: urbanismo, vivienda social, prefabricados de hormigón pretensado, vigas-hueso, M. Fisac.

SUMMARY

*More than any other member of his (post-war) generation, Miguel Fisac was the epitome of the modern architect. His oeuvre spanned the second half of the twentieth century. With over 60 years in the profession and author of more than 450 designs, Fisac was one of the longest-lived and prolific Spanish architects. But he never failed to mention the two battles he lost: town planning and social housing. Neither ever made it past the design stage: the first, embodied in the theories set out in his book *La molécula urbana* (*The urban molecule*) and the second, in his patents for precast prestressed concrete systems that he was never able to implement.*

Keywords: town planning, social housing, prestressed precast concrete, "bone-beams", M. Fisac.

^(*) Arquitecto

En sus complejidades y paradojas, la personalidad de Miguel Fisac aglutina mejor que la de ningún otro de su generación, en los años de posguerra, la figura del arquitecto moderno por antonomasia. Su actividad no se reduce sólo al campo de la arquitectura, sino que su talante polémico, inconformista e innovador le harán participar en coloquios, conferencias y congresos, escribir artículos en periódicos y revistas especializadas y disfrutar de una fama, que trascenderá el ámbito profesional, para ser el arquitecto más popular y conocido de su generación. Su trabajo recorre toda la segunda mitad del siglo XX. Con más de 60 años de profesión y más de 450 proyectos, Fisac ha sido uno de los arquitectos más longevos y más prolíficos de nuestro país pero, aun así, siempre menciona sus dos grandes batallas perdidas: el urbanismo y la vivienda social. Ambas han quedado simplemente en un intento: la primera, desde sus teorías formuladas en su libro *La molécula urbana* y la segunda, desde sus patentes de sistemas prefabricados de hormigón pretensado que no ha conseguido llevar a cabo.

Miguel Fisac nace en Daimiel (Ciudad Real) el 29 de septiembre de 1913, el día de San Miguel. Era el menor de tres hijos del farmacéutico Joaquín Fisac, muy aficionado a la fotografía, y de Amparo Serna, una mujer sobria con voz suave y carácter fuerte. Pasó su infancia en este enclave manchego, en un ambiente hogareño con un alto sentido familiar y religioso, y unos padres modernos, que no dudaban en incorporar los últimos avances técnicos a su vida cotidiana, como lo demuestra el hecho de ser los primeros en instalar en Daimiel la calefacción central en toda la casa, a pesar de ser sólo una familia media acomodada.

No sabe muy bien por qué inició sus estudios de arquitectura, pese al interés que siempre había mostrado por la pintura y el dibujo, pero en el verano de 1926, a la edad de 13 años, decidió que tenía que ser arquitecto y así se lo comunicó a su padre, quien pensaba que el menor de sus tres hijos heredaría la botica. No obstante, su firmeza y convicción de carácter, más que sus dotes como dibujante, le llevaron en 1933 a Madrid para preparar el ingreso en la Escuela de Arquitectura, estudios que concluyó en 1942, tras el paréntesis de la

guerra civil, a la edad de 29 años, en una promoción de tan sólo diez arquitectos en la que obtuvo el Premio Fin de Carrera de la Real Academia de San Fernando.

El primer encargo que recibe justo al terminar la universidad —después de haber trabajado el último año de carrera en el estudio de Muguruza, donde también estaban por entonces Cabrero, Aburto y Oíza— es un anteproyecto para transformar el antiguo salón de actos que habían proyectado Arniches y Domínguez en la iglesia del Espíritu Santo (1942). A este primer encargo, le seguirán el Edificio Central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1943) y el Instituto de Edafología (1944). Estas primeras obras en la Colina de los Chopos recogen un lenguaje claramente clasicista con sus reinterpretaciones del *Quattrocento* y *Cinquecento* italiano y del clasicismo metafísico del EUR romano. Fisac, en apenas seis años, pasa de una visión “clasicista” a otra “organicista”, de una preocupación por la “forma” a una preocupación por el “espacio”, donde el techo de la Biblioteca Goerres (1947) de clara inspiración aaltiana es, en este sentido, una muestra precoz, un primer ensayo que nos desvela el cambio en su concepción arquitectónica que iniciará en el Instituto de Óptica (1948). Una toma de posición en su manera de entender la arquitectura, que argumenta en su primer artículo del diario *Informaciones* titulado: “La arquitectura clásica no es propiamente arquitectura”¹.

Los años cincuenta comienzan para Fisac con grandes cambios, tanto desde el punto de vista de su concepción arquitectónica como personal y, así, tras desprenderse de su academicismo inicial, encuentra de una manera apasionada sus hallazgos: la figura del arquitecto sueco Erik Gunnar Asplund en su primer viaje a Estocolmo de 1949; el valor singular, depuradísimo y estilístico de la arquitectura popular manchega, como muestra el primer proyecto en su tierra natal: el Instituto Laboral de Daimiel (1950); su reencuentro con el espacio sensorial de la Alhambra de Granada en 1952 o el descubrimiento de la casa japonesa en su viaje a Japón del año 1953. Todos estos viajes —desde los más locales a su tierra natal, hasta los internacionales— le harán comprender y percibir nuevas sensibilidades y realidades. En estos primeros años de su

Notas

(1) Fisac, Miguel (1951), La arquitectura clásica no es propiamente arquitectura, *Informaciones* (30-III).

(2) Éste ha sido y continúa siendo un punto inamovible de mis criterios al proyectar mis edificios o al hacer diseño urbano. [Fisac, Miguel (1982)]. *Carta a mis sobrinos*, pp. 17, 18.

(3) Miguel Fisac, autor del informe del jurado, premio: “la extraordinaria calidad del proyecto, que con total originalidad tenía una espacialidad, un tratamiento de la iluminación y una organización estructural y constructiva rigurosamente moderna y enraizada, a la vez, en la mejor tradición española”. De Coca, José, “El enigma de Bruselas”, *Metallocus*, nº 11 (2003), p. 84.

dilatada carrera profesional se aproximará a los presupuestos funcionalistas, empiristas u organicistas —por citar las claves en las que adopta sus diferentes registros arquitectónicos—, para desarrollar sus nuevas ideas, con el fin de materializar sus experimentales propuestas arquitectónicas y, como no podía ser de otra manera, para verificar con sus viajes sus nuevas intuiciones; prueba de ello es el que realiza alrededor del mundo en el año 1955, para conocer de primera mano la obra de Neutra, Wright, Mies y Saarinen.

En lo sentimental, tendríamos que destacar su matrimonio con Ana María Badell el 11 de enero de 1957, una mujer moderna, atractiva y distinguida, de la que siempre estuvo enamorado. Después de su boda, a la que asistió como padrino el doctor Gregorio Marañón, Fisac y Ana María se instalan en las afueras de Madrid en una modesta vivienda en el Cerro del Aire. Una casa sencilla y austera en la que apenas uno entra por el vestíbulo, ya percibe la escala con la que el autor ha dado forma a su espacio más íntimo: su hogar. Una casa que proyectó en el año 1956 con muros de mampostería y un presupuesto de apenas 700.000 pesetas de las cuales 300.000 costó el empapelado de madera de castaño del techo y las paredes del salón. Una vivienda que ha ido amueblando con los distintos prototipos de sillas, mesas, chimeneas o lámparas que a lo largo de su dilatada vida profesional ha ido diseñando, fiel reflejo de su gusto por la forma. Un pequeño patio con su estanque de peces y plantas humaniza todo el espacio del salón, proporcionando, con un impresionante ventanal al sur, unas lejanas vistas sobre Madrid. Una vivienda que tanto nos recuerda la palabra japonesa *Katei*, “hogar”, palabra que se escribe con los signos ortográficos *ka* (casa) y *tei* (jardín), indicativo de la relación indisoluble que existe entre ambos en la mentalidad japonesa y en la arquitectura de Fisac, para el que: “la arquitectura como el árbol está plantada en el paisaje [...] está quieta, con sus raíces en la tierra y en permanente relación con su entorno”². En este su nuevo hogar nacerán sus tres hijos Anaïck, Micael y Tatiana.

Lleno de éxito y padre de familia al final de la década de los cincuenta, Fisac vivirá momentos prolíficos y creativos que le llevarán, por



Figura 1. Miguel Fisac fotografiado con las famosas dovelas de sus vigas-hueso en 1962.

una parte, a participar más activamente en la vida pública y social, como son buena prueba de ello las distintas invitaciones que recibe para ser jurado en concursos de arquitectura (Pabellón Español de Bruselas en 1956, ganado por Corrales y Molezún)³ y, por otra, a practicar una arquitectura que podríamos calificar de onda raíz “orgánica”, profundamente contaminada por la arquitectura popular manchega y japonesa; que le situarán como el primer exponente, de una práctica arquitectónica que nos permite entender el contexto cultural en el que surge el edificio de Torres Blancas (1961-1968)⁴, proyectado por Sáenz de Oíza.

En este sentido, el Centro de Estudios Hidrográficos (1960), proyectado a la edad de 47 años, es un edificio precursor e iniciador dentro de la trayectoria profesional de Fisac, en primer lugar, por el uso del hormigón como único material constructivo, y en

(4) “Torres Blancas ha nacido inopinadamente prácticamente solitaria, como un platillo volante, en medio de una serie de propuestas que no se han construido y que hubieran contribuido a explicarla y a entenderla dentro de un contexto cultural, del que con algunas de las obras brutalistas de Fisac es el testimonio solitario y prácticamente indecifrabable para la masa”. Fullaondo, Juan Daniel, “La Escuela de Madrid”, *Arquitectura*, nº 118 (octubre de 1968).

segundo, por la solución estructural que diseña para cubrir la Nave de Modelos, unas vigas de hormigón postesado que el propio Fisac bautizará con el nombre de “vigas-hueso”. Una solución que constituye una de sus más brillantes aportaciones al campo de la arquitectura que le permitirá, a partir de las sucesivas vigas-hueso que irá diseñando, crear un nuevo lenguaje, algo estricto y reducido, en parte ligado a la propia naturaleza del material y en parte ligado a la geometría, que nos desvelan la sorprendente capacidad que tiene de acceder a lo esencial, para transmitir su testimonio arquitectónico. Esta solución, tecnológicamente muy novedosa —patentada y comercializada junto a Ricardo Barredo, con el nombre de HUECOSA—, se aplicará con éxito en la cubrición de las factorías de Vich y Montmeló (1968), ante la imposibilidad de utilizar estructuras metálicas por la corrosión que provocaban en ellas los gases de los tratamientos químicos del curtido de cueros.

Pero, como si de ciclos se tratara, Fisac inicia la década de los años setenta con una nueva fase en el proceso de investigación y experimentación con el hormigón. Ya no es tanto el problema estructural como el epitelial, el que acabará adquiriendo un protagonismo sustancial. Sus vigas-hueso, que hasta ahora habían sido una constante en sus laboratorios, oficinas o iglesias, se van transformando en un elemento menos experimental, menos propositivo y más anecdótico —aunque no por ello menos brillante y efectivo— como, por ejemplo, nos muestra la marquesina de entrada de la vivienda unifamiliar para Alonso Tejada en la urbanización madrileña de Somosaguas (1967). Fisac a partir de estos años, deja de pertenecer a ese reducido grupo de profesionales que habían marcado en las últimas dos décadas los diseños de la arquitectura española. Puede que el horizonte se hubiera ensanchado y que nuevos valores nacionales y extranjeros estuvieran ocupando ese preciado lugar, pero resulta sorprendente cómo, cuando alcanza su máxima popularidad y un reconocimiento profesional —sólo reservado a los mejores—, como prueban los dos números monográficos de la revista *Nueva Forma* nº 39 y 41, dedicados a su obra en el año 1969 por Juan Daniel Fullaondo, en vez de iniciar una etapa ascendente, le ocurre todo lo contrario y en el año 1977 por falta de encargos profesionales cierra su último

estudio en el Cerro del Aire, en el que apenas había permanecido trabajando seis años.

Si observamos la obra completa de Fisac encontraremos que su trayectoria profesional ha sido notablemente asimétrica, sin duda, sus grandes obras se han visto empañadas por proyectos mal concebidos o ejecutados con demasiada premura, pero que indudablemente forman parte de un claro proceso de maduración. Sus últimos trabajos no son los mejores, como tampoco lo fueron los primeros. Su arquitectura, llena de encuentros, de hallazgos, de detalles magistrales, de lúcidas invenciones, de apertura a nuevos horizontes en el campo del pretensado y postesado, o de intuitivos acabados superficiales con el hormigón, sobresale más por la difícil cualidad de alcanzar la síntesis y el rigor constructivo, que por la consecución de un estilo virtuoso y exquisito como puede ocurrir en un arquitecto tan dotado como Alejandro de la Sota (1913-1996). Por eso, no debe sorprendernos que este manchego, tan versado en construcción, deje conscientemente las fachadas de algunos de sus edificios con esa aparente falta de última elaboración, en un intento de buscar la razón constructiva como la base de su expresividad arquitectónica.

Con esta actitud, Fisac parece querer mostrarnos su vertiente más creativa, proponiendo siempre nuevos retos, persiguiendo obsesivamente nuevos horizontes y dejando en el camino otras cuestiones que para él ya no son tan importantes. Una visión que tanto nos recuerdan las palabras del poeta Juan Larrea: “no queremos correr el riesgo de creer en la perfección, noción mortífera y estancadora, y de tender hacia ella en vez de creer en la evolución progresiva [...] presentamos aquí diversas obras imperfectas de muy diversos estilos pero coincidentes en más de un punto esencial: en su actualidad, su pasión íntima y su orientación al conocimiento. Aún no son quizá bastante imperfectas, pero confiamos poder dentro de poco mostraros otras que lo sean aún más”⁵. ¿Soluciones fallidas? Sí, muchas. Algunas reconocidas por el propio Fisac, como las experimentadas en su propio estudio en el Cerro del Aire (1971), concebido como un verdadero laboratorio de prototipos, de nuevas ideas, de incansable búsqueda de posibles soluciones. Pero otras, de indudable calidad plástica, como

⁽⁵⁾ Larrea, Juan, *La pasión y el conocimiento, como fundamento de una poética* (1926). “Versión Celeste”. Barral, 1970, pp. 307-312.

es la de dotar al hormigón de una textura inusitada, con apenas unos rollizos de madera y una tela de gallinero.

Fisac nunca aceptó las distintas invitaciones que le hicieron para ser profesor de la Escuela de Arquitectura de Madrid, ni tampoco se implicó en la dirección de ninguna revista de arquitectura, aunque su obra era motivo de frecuentes publicaciones. Su forma de participar en la vida pública será a través de sus artículos en los medios de comunicación, muchos de ellos, de denuncia contra las prácticas deshumanizadoras del urbanismo, la especulación del suelo o el olvido del respeto por la ecología. No ha formado escuela, su renuncia a la enseñanza y también quizá su personalísima forma de hacer arquitectura lo han mantenido siempre en un lugar inexpugnable e inimitable, lejos de la erudición que, como él mismo reconoce, le falta. Y es que su verdadero sitio está en la mesa de dibujo, proyectando. Fisac pertenece a esa clase de personajes forjados en el carácter y el aprendizaje autodidacta, cuya verdadera escuela reside en el encuentro directo con un material, en la solución a un problema constructivo, en la búsqueda de la forma desde la razón constructiva más rigurosa y, quizás por eso, su arquitectura, con el paso del tiempo, está adquiriendo la relevancia que, por derecho propio, le corresponde.

La fama o el reconocimiento profesional le ha llegado de una manera muy desigual y han hecho que su figura no se valorara como realmente merecía hasta que en el año 1993, la Escuela de Arquitectura de Munich lo rescatara del olvido al que había sido desterrado, organizando la primera exposición retrospectiva sobre su obra —en conmemoración de su octogésimo cumpleaños—, como reconocimiento a su trabajo. Al igual que en el año 1954, cuando le concedieron la Medalla de Oro en el Concurso de Arte Religioso celebrado en Viena, por la iglesia de los PP. Dominicos de Valladolid, el reconocimiento proviene del exterior. Una actitud que contrasta con la descatalogación y la posterior demolición en el año 1999 de uno de los edificios más singulares y carismáticos de Madrid, los Laboratorios Jorba, “ese edificio bello y raro —como decía Antonio Muñoz Molina— que uno veía siempre al ir y volver del aeropuerto, la Pagoda, tan distinguido en medio de una

sucesión de arquitecturas vulgares, a la vez racionalista y exótico, con sus audacias modernas de hormigón y su verticalidad grácil de templo asiático”⁶. A partir de sus exposiciones en Munich y Weimar y con la concesión por parte del Consejo Superior de Colegios de Arquitectos de España, de la Medalla de Oro de la Arquitectura (1994), se sucederán las exposiciones y los homenajes en Zaragoza, Valencia, Murcia, Bilbao, Gijón, Cádiz, Teruel, La Coruña, Toledo... y, finalmente, en Madrid; los reconocimientos y los premios, entre los que cabría destacar el Camuñas en 1996 o el Nacional de Arquitectura del 2002.

Fisac nos deja un conjunto de obras de arquitectura que reúnen una rica variedad de experiencia humana. Al igual que Homero o Shakespeare dieron amplias pruebas de que el humor y la risa enriquecían, en vez de perjudicar, el significado universal de sus creaciones, Fisac desde los detalles figurativos que introduce en sus fachadas, nos muestra una estrategia, a través de la cual establece una relación directa entre arquitectura y hombre⁷. Por eso, no es casual, el interés e incluso la afinidad que Fisac mantiene con el arquitecto sueco Erik Gunnar Asplund, ni tampoco la obsesión de ambos por humanizar la arquitectura, por otorgarle el grado de humanidad que le corresponde. Pero si a Asplund lo que le interesaba era: *la relación entre el espacio y el hombre, entre los objetos y el hombre, y entre la naturaleza y el hombre*⁸. A Fisac, hombre de realidades donde los haya, le preocupa además del para qué, el cómo y el dónde, un *no sé qué*, que refiere a la cualidad sin nombre, a la justa proporción, al decoro, al aspecto correcto de la obra... ni más ni menos.

La singularidad de una obra arquitectónica siempre nos remite a lo inédito de un sujeto siempre diferente a otro, en constante evolución y cambio, que le diferencia de toda simulación, por eso al igual que ocurriera en su día con Coderch, Molezún, Sota, Oíza... la pérdida de Fisac, el pasado 12 de mayo, ha representado la desaparición de uno de los maestros que han marcado la historia de nuestro país, un *referente de la elegancia* —como apuntaba Luis Fernández-Galiano— al calificarlo *como uno de los más grandes y lucidos arquitectos del siglo pasado*⁹.

(6) Muñoz Molina, Antonio, “Nada Dura”, Domingo del *El País*, 15/VIII/99.

(7) VV.AA., *Asplund* (1988), Gustavo Gili, Barcelona. Artículo de Acking, Carl-Axel, “Artista y Profesional”, p. 19.

(8) *Ibid.*, p. 19.

(9) Fernández Galiano, Luis, *El País*, 13-5-2006.

* * *